

Sara Mesa

# Mala letra



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA





## Índice

PORTADA

EL CÁRABO

MÁRMOL

APENAS UNOS MILÍMETROS

«CREAMY MILK AND CRUNCHY CHOCOLATE»

PALABRAS-PIEDRA

NADA NUEVO

NOSOTROS, LOS BLANCOS

PAPÁ ES DE GOMA

¿QUÉ NOS ESTÁ PASANDO?

PICABUEYES

MUSTÉLIDOS

CRÉDITOS

## EL CÁRABO

La chica volvió la cabeza desde lo alto de la loma y los vio a todos alrededor de la mesa de pícnic. En la distancia, la conversación era un murmullo ininteligible, como un zumbar de abejas. El sol estaba cayendo y la luz se retiraba de los pinos revelando verdes oscuros y cavidades que habían permanecido ocultas todo el día. Olfateó el aire –tierra húmeda, lavanda y romero, una mierda de vaca aplastada por la rueda de un cochey regresó con los demás, demorándose en cada paso. El chasquido de las agujas de pino que se quebraban bajo sus pies se fue debilitando al acercarse, asfixiado por la voz de la tía, una voz como salida de una tinaja, grave, poderosa, pétrea. Todos apuraban los restos de la merienda en torno a ella, pidiendo su consentimiento, esperando su turno con una medida escrupulosidad. La tía sabía siempre qué había que hacer y los pasos que había que seguir para hacerlo. Sin permitir que nadie alterara su ritual, había administrado con lentitud la mantequilla, el foie gras, las rebanadas de pan tostado y el café con leche. Actuaba sin prisa, como si el tiempo también estuviese obligado a amoldarse a su ritmo. Sus palabras ocupaban toda la explanada y se expandían más allá de las suaves colinas terrosas. La chica se detuvo a observarla a unos metros. Aquel día cumplía veintidós años y ésa era toda la celebración que le estaba permitida: pinares, coches, merienda campestre y un encuentro familiar con viejos amigos que ni siquiera eran los suyos.

A un lado, metido en uno de los coches, el tío se cortaba las uñas de los pies con las flacas piernas extendidas fuera de la puerta. En la rigidez de su mandíbula había una concentración casi religiosa.

–Hay que ir recogiendo –dijo cuando acabó, mirando al horizonte–. Se está haciendo de noche.

Se guardó el cortaúñas en el bolsillo de la camisa y volvió la mirada ojerosa hacia la mesa. La tía siguió hablando como si no lo hubiese oído. Su fraseo –entrecortado, áspero– no admitía interrupciones. Había finísimas arrugas sobre sus labios. De lejos daba la impresión de tener una especie de bigote, extrañamente despoblado pero marcial.

–Hoy día todo el mundo habla de solidaridad y de entrega y hay miles

de campañas y manifestaciones y recogidas de firmas para esto o para lo otro. Pero yo digo: uno debe primero ayudar a los suyos, ¿no es así? Ayudar a los demás, a los que están lejos, bah, eso es demasiado fácil. ¿Dar limosna? ¿Enviar ropa usada a África? ¿Apadrinar a un niño? No tiene ningún mérito. Lo difícil es estar ahí en cada momento, con los tuyos, barrer para dentro, no dejar que el que está a tu lado se caiga, enseñarlo a caminar, evitar que se desvíe o que se pierda. Eso es ayudar, y lo demás son cuentos.

La pareja que estaba a su lado –una pelirroja gruesa y lechosa y su marido, menudo y reservado– asentía sin dejar de masticar. Habían sido vecinos de los tíos durante muchos años y conocían bien su modo de comportarse. Callaban y mostraban su aprobación con leves movimientos de cabeza. Un poco más allá se sentaba también un niño de unos seis años, castaño, pecososo, con el rostro impasible y la mirada ensimismada, como vuelta hacia dentro. Comía su tostada con desgana, desperdiciando los bordes requemados. La pelirroja le reprendió en silencio con un guiño, pero la tía lo captó enseguida.

–¡Oh, vamos! ¿Quieres hacer el favor de comer bien? ¡Te vas a quedar en los huesos si sigues así! ¡No se juega con la comida!

Cambió el tono y se dirigió a la pelirroja, bajando mucho los párpados. Marcaba con énfasis algunas palabras, como si le diese asco pronunciarlas:

–Si por él fuera, estaría siempre comiendo *porquerías*. Los padres de hoy día no se complican la vida. ¿Una tostada para merendar? ¡Oh, no, eso es *antiguo*! Es mucho mejor un donut o una porción de pizza. Su madre no le presta atención. Parece algo propio de esa rama de la familia, debe de ser genético: mujeres que paren jóvenes y que luego *abandonan* a los críos. A éste –añadió señalándolo con la cabeza– también lo hemos criado nosotros.

El niño observó fijamente a su madre, que aún bajaba la loma mirándose la punta de los zapatos. La chica alzó la vista y le sonrió con tibieza. Él se levantó –el cuerpo desgarbado y enflaquecido por el crecimiento– y con la tostada en la mano se acercó al tío, que un poco más allá apagaba los últimos restos de la fogata. Entre los troncos calcinados aún se distinguían algunas brasas. El hombre echaba puñados de tierra sobre ellas cuidando de no ensuciarse. Una urraca los sobrevoló a todos dejando su graznido suspendido en el aire.



–Falta Silvio –anunció el niño.

La tía lo miró con los ojos encendidos. El niño se ruborizó y las pecas se le marcaron aún más sobre su piel.

–¿Dónde está? –chilló.

Nadie supo responder. Tenían ya plegada la mesa, metidos todos los bártulos en los coches, la basura recogida en sus bolsas. El tío cerró el maletero de su Fiat y se frotó las manos. Habría ido a dar una vuelta, dijo mirando al cielo. Nubes rosadas y cárdenas se deshilachaban dejando pasar los últimos rayos de luz. De la tierra se levantaba una humedad inhóspita.

–¿Una vuelta? ¿No se da cuenta de la hora que es? ¿Dónde tiene tu sobrino la cabeza?

La pelirroja intentó tranquilizarla. Debía de haberse entretenido un poco, eso era todo. Silvio conocía bien el campo, observó su marido a lo lejos pisoteando los restos humeantes de la hoguera. Ya no era un muchacho, no iba a perderse.

–¡Ya sé que no va a perderse! ¡Pero no podemos estar esperándolo eternamente! ¡Deberíamos irnos!

El niño miró alrededor y en voz muy baja sugirió que lo llamaran al móvil. ¿Llamarlo al móvil?, bramó la tía. Todos sabían que allí no había cobertura. Los antiguos vecinos la miraron unos instantes con desconcierto, sin saber bien qué hacer. El tío abrió de nuevo el maletero y se entretuvo recolocando los bultos. La tía se echó en los hombros un chal, como si de golpe todo el frío hubiese caído sobre ella, frunció el ceño y continuó murmurando sin dejar de mirar hacia el camino.

–Yo iré a buscarlo, tía –dijo la chica–. Me llevo al niño.

No esperó asentimiento. Cogió al niño de la mano y se encaminó hacia la loma, dejando a los dos matrimonios entre la bruma del atardecer. Los chillidos de las urracas seguían cruzando el cielo. Intentó acomodar sus pasos a los de las piernas de su hijo.

Llamaron varias veces, a un lado y a otro. Silvio no dio respuesta. La chica agarró al niño del brazo y lo forzó a caminar más deprisa. Probablemente lo encontrarían junto al arroyo, o junto a lo poco que quedaba del arroyo: una corriente discontinua de agua achocolatada y pestilente, flanqueada por espadañas y juncos amarillentos; un terreno resbaladizo y pantanoso hollado por madrigueras de conejos y setas venenosas y

sucias con los tallos doblados por la enfermedad. La chica recordó que cuando niños, en verano, iban a cazar ranas allí, armados con un colador de cocina. Ella, la mayor, era la que entraba en el agua –fría, punzante, verde–, cuidando de no chapotear demasiado, mientras Silvio esperaba acuclillado en la orilla, guardando silencio con absoluta seriedad. Una vez atrapadas, las metían en botes de cristal llenos de agua y las inspeccionaban con detenimiento. Casi siempre, sin que ellos entendieran bien por qué, terminaban muriendo asfixiadas. La imagen de una rana flotando en el agua, con las gruesas ancas lacias, era de una desolación indescriptible. La chica espantó el recuerdo. Después de todo, pensó, allí ya no había ranas desde hacía tiempo.

El niño voceó con la garganta estirada: una llamada aguda, infantil, teñida de incertidumbre. No hubo respuesta.

–Se hace de noche, mamá –musitó–. Vamos a dar la vuelta. El tito no está aquí.

La chica se detuvo a pensar. Podían cruzar el arroyo saltando por unas piedras, sin demasiado riesgo de mojarse. Al otro lado, el bosque se extendía oscuro, insondable, crujiente de agujas de pino y escamas de eucalipto desprendidas. O podían no cruzar y continuar la búsqueda siguiendo la corriente hasta alcanzar la carreterilla de tierra por la que habían pasado aquella mañana al llegar, en los coches todavía limpios y llenos de comida.

–Ven –dijo–. Vamos a cruzar el arroyo.

El niño miró hacia atrás con miedo. Se oyó el ronroneo de un chotacabras y la oscuridad avanzó con un golpe brusco. Tragó saliva y se agarró a la chica para bajar por la pendiente sin caerse. Avanzaron despacio, de la mano, hundiendo los zapatos en el cieno hasta llegar a los bordes del agua. La corriente era casi inexistente; en la mitad del arroyo no debía de haber ni medio metro de profundidad. Las piedras, planas y empujadas, apenas se insinuaban entre las sombras. La chica intentó tranquilizar al niño. Sólo tendría que pisar con mucho cuidado, le dijo, poner los pies exactamente donde los pusiera ella. Silvio estaría al otro lado; estaba segura.

El arroyo olía mal. Olía a agua estancada y a corrupción. El niño gimió, pero ella le apretó la mano y se abrió camino entre las piedras. Iban muy lentos y en silencio, para no perder la concentración. Cuando callaban, el bosque se poblaba de ruidos: crujidos de cañas, el grito del



mochuelo, un animal –un conejo, una rata– corriendo entre los juncos, el rumor lejanísimo de un coche.

–¡¡Silvio!! –gritó el niño desesperado. Entonces resbaló y cayó al agua.

No tenía nada con que limpiarlo. La chica usó su propia camiseta para quitarle el barro de las piernas. Las zapatillas estaban chorreando; las secó como pudo y se las volvió a poner. El niño apestaba a agua sucia. Ella lo consoló arrullándolo durante unos minutos. Cuando se pusieron en pie se había hecho completamente de noche.

–Mamá, ¿no es mejor volver?

El niño miraba hacia la oscuridad del bosque con las pupilas dilatadas. Mechones de pelo le caían a un lado y otro de las orejas, en desorden. Su perfil se difuminaba en la negrura.

–No te preocupes. Por aquí vamos bien. Seguro que encontramos a Silvio por aquí.

Llamaron algunas veces más, caminando a tientas entre las sombras de los árboles. Aún se reconocían contornos fríos y brillantes, bañados por el resplandor de la luna y la reverberación en el aire de las luces de alguna población no muy lejana. El niño se pegó aún más a la chica y continuaron unos metros, hasta que ya no pudieron avanzar más. Permanecieron en silencio y sin moverse, con los pies sobre una manta blanduzca e invisible de hojas.

La pregunta era: ¿debían intentar regresar? Volver a cruzar el arroyo era ya un despropósito. El bosque era ahora una cámara oscura donde la identidad –de un árbol, de un matorral, de una piedra o de un charco– se disolvía por completo. Pequeños insectos se les posaban sobre las pantorrillas desnudas. En torno a ellos se oían rápidos crujidos de hojas y de ramas, roedores nocturnos cambiando de escondrijo para huir de las lechuzas. De lejos sonó el aullido largo, aflautado y tembloroso de un cárabo, acercándose con un aleteo breve y desordenado.

*Uú-uú-uú-uú-uú-uú.*

–Quiere que nos vayamos –susurró el niño.

La chica no contestó. El cárabo los sobrevoló unos minutos más hasta que lo sintieron posarse en algún lado.

–¿Nos hemos perdido? –sollozó el niño, agarrándose al brazo de la

chica.

–¡No pasa nada! –gritó ella con súbito mal humor–. ¡Deja ya de lloriquear! Estás con tu madre, ¿entiendes? ¡Estás con tu madre! ¡No va a pasarte nada! ¡No estamos en medio de la selva! ¡Estamos en unos pinares de mierda, junto a un arroyo de mierda y al lado de un montón de pueblos y carreteras de mierda! ¡Eso es todo!

El niño rompió a llorar y ella lo acogió entre sus brazos.

Desplazándose apenas unos metros gritaron todo lo fuerte que pudieron, elevándose sobre sus puntillas. A veces se callaban para descansar y para escuchar si alguien, a lo lejos, los llamaba a ellos. Sólo se oía el amenazante *uú-uú-uú-uú-uú* del cárabo deslizándose sobre sus cabezas.

–Quiere que nos vayamos –repitió el niño.

–No te preocupes. Tarde o temprano nos iremos. ¿Tienes frío?

–No. Pero estoy muy cansado.

–¿Tienes hambre?

–No, sólo estoy muy cansado.

–Bien, escúchame ahora. Vamos a tumbarnos a descansar un rato y esperaremos a que acabe la noche. No pasa nada. Esto es una aventura, ¿sabes?

–¿Tumbarnos dónde?

–Ven –dijo ella.

Se acercaron al pie de un árbol y se apoyaron en su tronco. Después la chica se agachó y palpó el suelo con las dos manos. Había demasiadas durezas, pequeñas ramas punzantes que sobresalían de la tierra y alguna planta áspera, tal vez una esparraguera, apuntando desbocada aquí y allá. Buscaron otro árbol cercano, a tientas, pisando muy despacio, muy juntos, con los brazos extendidos hacia el vacío. El cárabo pasó de nuevo, casi rozándolos. La chica limpió de ramas otra parte del terreno. El niño se quedó de pie, a su lado, conteniendo los sollozos. Ella le susurraba como si se tratara de un bebé. «Ssssssssh, tranquilo, mi niño.» Alguna especie de araña o de gusano le trepó por la mano, pero ella se lo sacudió y contuvo el grito. Aplanó las hojas como pudo, respirando con pesadez. Después se quitó la sudadera y la extendió sobre la tierra, ahuecando la capucha al pie del árbol.

–Ven –le dijo.

Guió al niño con sus brazos hasta la sudadera y le indicó dónde debía



tumbarse. Después se acostó a su lado y lo abrazó. El cárabo se posó justo en el árbol bajo el que se tendieron.

*El olor que desprende es nitidamente suave e inocente. El niño no ha tardado en caer dormido por el cansancio y ella siente ahora su respiración profunda e inquieta, interrumpida a ratos por el miedo que le estremece la piel como una ráfaga. Se aprieta a su cuerpo para prestarle cada molécula de calor, cada posible molécula de calor que sea posible transmitirle a través del contacto. Acurrucada a su espalda, envolviendo sus piernas infantiles con sus propias piernas de mujer, aspira con suavidad el aroma de su pequeña nuca desvalida, sintiéndole a medias crecido y a medias sin crecer. A pesar de los ruidos, de los crujidos, de los gritos lejanos, a pesar incluso del penetrante aullido del cárabo, puede oír sus latidos desacompañados que rasgan la noche de una punta a otra. Es mi hijo, se dice, es mi hijo.*

Habían pasado algo más de dos horas cuando la chica oyó voces y ladridos de perros. Abrió los ojos y entrevió unos haces de luz que a veces desaparecían y otras veces volvían hacia ellos, con las intermitencias propias de los sueños. Los ladridos se aproximaron y el cárabo se alejó ululando y batiendo las alas. La chica abrazó al niño y permaneció inmóvil todavía un poco más, reteniendo la respiración, sorbiendo el último instante de libertad, hasta que el niño se dio la vuelta y se incorporó bruscamente, asustado.

–¿Qué pasa, mamá? ¿Quién está ahí?

–Nada, mi niño –musitó ella con lentitud–. No pasa nada. Nos han encontrado.

Se levantaron y, antes incluso de que pudieran verlos, sintieron a un grupo de perros que jadeaba en torno a ellos, corriendo hacia las sombras y regresando de nuevo hasta tocarles las manos con los hocicos babeantes. Un foco los deslumbró en plena cara. Con el antebrazo sobre los ojos, la chica atrajo al niño hacia sí.

–Estamos aquí –dijo.

–Oh, Dios mío, menos mal.

La figura de Silvio se recortó en la oscuridad; un cuerpo enorme y cálido que se abalanzó sobre ellos pidiendo a gritos una manta. El niño rompió a llorar de nuevo. La chica se sintió envuelta en una confusión



turbia y espesa. *Los pecados del pasado*, recordó. Esas palabras. Después sintió vértigo. Palpitante, todavía sin moverse, escuchó a los demás, sus gritos, su ruido; haces de luz entrecruzándose, los ladridos eufóricos de los perros dando vueltas, las preguntas, los suspiros, el suave tacto de la mano del niño, los pitidos inconfundibles de los walkies, agentes con voces hondas dando indicaciones que todavía no alcanzaba a entender.

Alguien se acercó por su espalda y la tomó del brazo con rudeza.

–Vamos, espabila, chica, tenemos que volver. A quién se le ocurre meterse en el bosque a estas horas con un niño. Abrígalo bien y síguenos. Vamos, chica. Tu familia te está esperando.

Sin soltar al niño, sin contestar siquiera, los siguió tambaleante, arrastrando los pies. Trató de distinguir el grito del cárabo a través de los ladridos de los perros. No oyó nada.